

el paso suspendido

Irenka Gironde

lírca de wíslawa szymborska

Reparto de Personajes

Lavinia:

Mujer:

Julia:

Él:

Ella:

Bailarín:

Escena

Época de Lluvias. La acción se desarrolla en la sala del departamento de Lavinia, completamente a oscuras, apenas iluminado por la luz de las velas que permanecen junto a una vieja radio de baterías sobre una mesa ratona, en medio de dos sillones, uno de espaldas a la audiencia ligeramente favorecido a la izquierda del escenario, el otro, al lado derecho del primero, de perfil. A la derecha un pasillo que lleva a las sala y a la cocina del departamento. A la izquierda del escenario, la puerta del baño. Al fondo, la puerta principal y junto a ésta un librero. Arriba del escenario se coloca un tapanco donde se ubica un departamento con la misma disposición, sólo que en la sala de éste hay un loveseat y un televisor. La iluminación del departamento de arriba lo alumbró todo cuando los vecinos entran en él.

En el proscenio hay una pequeña plataforma extendida, donde se colocan dos mesas de restaurante, con manteles y velas en el centro, y cristalería como copas y vasos. La escena en el restaurante se ubica un par de meses atrás. El sonido de una lluvia incesante, a veces intensa, a veces sólo un goteo, permanece constante. Este melodrama deberá presentarse sin interrupciones.

ACTO ÚNICO

El departamento a oscuras. El sonido del timbre de un teléfono comienza a sonar constantemente. Lavinia enciende las velas, y el escenario comienza a iluminarse ligeramente, creando una atmósfera sombría. Lavinia termina y se sienta en el sillón a la derecha del escenario. Afuera llueve, una lluvia ligera pero constante y ruidosa. El teléfono deja de sonar. Lavinia se abraza tratando de quitarse el frío. El sonido de una cafetera italiana le avisa que el café está listo; Lavinia se levanta y camina hacia el pasillo que lleva a las demás habitaciones. Sale, y regresa casi inmediatamente con la cafetera humeante, vacía su contenido en una taza sobre la mesa ratona. Se sienta, toma una cajetilla, saca un cigarro y lo enciende. Acto seguido, le da una fumada y comienza a toser. Con dificultad para respirar, apaga el cigarro y permanece un instante quieta, mirando hacia la ventana a su izquierda. Cuando su respiración se normaliza, Lavinia enciende la vieja radio sobre la mesa, suena una música de Gustav Mahler. La radio se apaga. Lavinia se levanta y sale nuevamente por el pasillo, para regresar con un par de pilas que coloca detrás del aparato. Una vez más se sienta y enciende el aparato. Detiene la cinta, la voltea y la reproduce, ahora se escucha un tango. Al lado de la puerta, una mujer aparece, mirando hacia la pared.

LAVINIA

¿Sigues ahí?

MUJER

Sigue lloviendo.

LAVINIA

Mira, si te vas a quedar no quiero que estés ahí. Ven a donde te pueda ver.

MUJER

No es cuando tú quieras.

LAVINIA

Mira, ya discúlpame, ¿sí? Ya, por favor. Ya basta.

MUJER

¿Quieres que me ponga un libro en la cabeza? ¿Quieres pegarme?

LAVINIA

Ya no eres una niña.

El teléfono vuelve a sonar. Lavinia no se levanta siquiera.

MUJER

¿No vas a contestar?

LAVINIA

¿Para qué?

MUJER

Podría ser algo importante.

LAVINIA

Ya dejó de llover.

Lavinia se levanta con un poco de dificultad y se dirige a la puerta del baño.

MUJER

¿A dónde vas?

LAVINIA

Voy al baño.

Lavinia sale.

El teléfono deja de sonar.

El tango termina y la cinta se detiene.

Se escucha la cadena de la taza del baño, y Lavinia entra, caminando nuevamente a su sillón. Se sienta, regresa la cinta y la reproduce.

Más tango. Toma un libro junto a la radio y también sus lentes, se los coloca y comienza a leer ignorando a la mujer.

MUJER

¿Quieres que te encienda la luz?

LAVINIA

No, así estoy bien.

MUJER

¿Cómo puedes leer a oscuras? Te vas a dañar la vista.

LAVINIA

No leo a oscuras, leo en las mañanas.

MUJER

¿Y ahorita?

LAVINIA

Ahorita estás aquí. No veo qué otra cosa podríamos hacer.

MUJER

Podríamos platicar.

LAVINIA

Creo que ya hemos platicado bastante. No me quiero pelear ya. Además, tú estás ahí en tu rincón. No pienso hablarte mientras sigas ahí. Tú en tu lado, haciendo lo que quieras hacer y yo en el mío, leyendo mi libro.

MUJER

¿Qué lees?

LAVINIA

No pienso hablar contigo. ¿Quieres estar castigada? Ya sabes las reglas.

La mujer toma un libro de la repisa de junto y se lo coloca en la cabeza, equilibrándolo.

LAVINIA

Mira, ya te pedí disculpas. Ya puedes cortar con eso.

La mujer se quita el libro de la cabeza y lo revisa antes de colocarlo en su lugar.

MUJER

¿Tarot y astrología? ¿Tú que sabes de tarot y astrología?

LAVINIA

Leo las cartas. ¿No lo sabes?

MUJER

Nunca te he visto hacerlo. ¿No va en contra de tu religión?

LAVINIA

Mi religión, mi religión. ¿Porqué dices mi religión como si no fuera la tuya también?

MUJER

Ya no.

LAVINIA

Dices tonterías.

MUJER

El divorcio es una... abominación en tu religión.

LAVINIA

Sigues con eso. Abominación, tus palabras. Además, nadie se toma todo al pie de la letra. El mundo está lleno de hipócritas. Estoy segura de que si quisieras realmente, hasta se podría justificar tu separación. Cualquiera puede equivocarse.

MUJER

Eso el divorcio. ¿Y lo demás?

LAVINIA

No voy a tocar el tema. Siempre te he enseñado qué es lo correcto. Tú sabes lo que haces con tu alma. Yo ya cumplí con darte una religión.

MUJER

La religión no debería heredarse.

LAVINIA

Tuviste tu confirmación.

MUJER

A los cinco años. Suficiente edad para saber en qué vas a creer el resto de tu vida. A esa edad es cuando uno decide ser suicida en una guerra santa, seguramente uno...

LAVINIA

Ya entendí. Ya basta.

La mujer se ríe.

LAVINIA

¿De qué te ríes?

MUJER

Nada.

(Breve pausa)

Clases de tango y por diez pesos más, una lectura del tarot. ¿También lees libros de autoayuda?

Lavinia cierra el libro y lo esconde.

LAVINIA

Y si lo hiciera, a ti ¿qué te importa? Ya dejó de llover. Puedes irte cuando quieras.

MUJER

¿Y ahora a dónde vas?

LAVINIA

Por un suéter. Está helando.

Lavinia sale por el corredor.

La mujer camina hacia la sala y se sienta en el sillón que está de espaldas. Toma el cigarro que Lavinia dejó en el cenicero y lo enciende nuevamente.

Lavinia regresa con su suéter puesto, revisa el librero y limpia el polvo del mueble con la mano y soplando; se dirige a la sala, ignorando a la mujer, recoge la taza, el cenicero y la cafetera y vuelve a salir por el pasillo.

Regresa, toma el libro y se dirige al librero, siempre ignorando a la mujer.

MUJER

¿Entonces?

Lavinia coloca el libro en el mueble.

LAVINIA

Entonces, ¿qué?

MUJER

¿No dices nada? Ya me vine para acá.

Lavinia permanece callada.

MUJER

¿No vas a decir nada?

Lavinia permanece callada. Apaga el radio. La mujer se levanta y se dirige al pasillo.

LAVINIA

¿A dónde vas?

MUJER

Voy por un cenicero. Te lo acabas de llevar.

Lavinia se sienta.

LAVINIA

Tú ni siquiera fumas. No voy a caer en tus provocaciones.

La mujer se detiene. Se dirige hacia Lavinia, quien se dispone a seguir leyendo.

MUJER

Julia si fuma.

LAVINIA

¿Y tienes que hacer todo lo que hace Julia?

MUJER

No, yo fumo desde mucho antes.

LAVINIA

Sí, seguro.

MUJER

¿Quieres saber cuándo empecé?

La mujer confronta a Lavinia, quien desvía la mirada.

MUJER

Una vez compraste un paquete de varias cajetillas. Yo ya había fumado algunos en el baño de la escuela, con mis amigas. Pero era diferente, una travesura. Se volvió serio aquella vez que abrí el refrigerador,

(MÁS)

MUJER (continúa)

ahí los guardabas, no sé porqué. Vi el paquete abierto, faltaban unas cinco cajetillas. Saqué una para ver si se notaba que la había tomado. Creo que ahí fue cuando decidí comenzar a fumar. Hay muchas decisiones en la vida y una a veces no recuerda cuando las tomó. Pero esa sí, claro que no estaba consciente de eso en ese momento, pero mirándolo desde aquí, en retrospectiva, fue en ese momento cuando comencé y ya no me detuve.

LAVINIA

Ésta historia, ¿tiene fin?

La mujer calla un momento, reprimiéndose.

MUJER

El caso es que tú no te diste cuenta de que faltaba esa cajetilla, sacabas una diaria y yo acomodaba la caja abierta siempre hasta atrás, para que no supieras. Me duró como un mes. Llegó un momento en que ya no jugaba en el pasillo cuando tú dabas tus clases, en cambio me iba a la azotea y me fumaba uno. Uno nada más. Sabían raro: eran mentolados y light, pero lo peor es que estaban helados, mis labios se quedaban con esa sensación de frescura. De todos modos, no lo disfrutaba, estaba todo el tiempo cuidándome de que no me viera el portero o algún vecino. ¡Qué vergüenza! Tener que estar fumando a escondidas. A veces sentía como un remordimiento, me decía a mí misma "¿Esto es lo que quieres? ¿Vas a ser una fumadora de ahora en adelante? Ni siquiera tienes edad para fumar." Eras tú en mi cabeza. Quería crecer para no tener que estar escondiéndome de ti, para poder comprarme mis propios cigarros y fumarlos en tu cara.

LAVINIA

Eso nunca ha pasado, por favor. Nunca te he visto encender un cigarro.

MUJER

¿Nunca?

LAVINIA

Sólo ese día. Pero sé porqué lo hiciste.

MUJER

¿Sabes qué pensaba antes de encenderlo?

LAVINIA

No. No me interesa.

MUJER

Tienes razón: no fumo; me parece estúpido. Pero esa noche se trataba de algo más que fumar. Si lograba encenderlo sin que me dijeras nada...

*La mujer deja caer la ceniza en el suelo.
Lavinia se percata.*

MUJER

Y entonces, también tendrías que aceptarlo todo.

Lavinia se levanta.

MUJER

¿Ahora qué?

LAVINIA

Tiraste ceniza.

*Lavinia sale por el pasillo y regresa con un
cenicero que coloca molesta sobre la mesa, pero
tratando de parecer indiferente. También lleva
una escobetilla y un recogedor de mano. Limpia
el suelo y se dirige al pasillo.*

MUJER

Te estaba hablando.

*Lavinia sale y regresa sin nada. Se dirige al
sillón.*

MUJER

¡Te estaba hablando!

LAVINIA

¿Qué es lo que quieres? Tiraste ceniza en la
alfombra. ¿No ibas a ir por el cenicero?

MUJER

No se puede hablar contigo.

LAVINIA

No. Sí se puede hablar conmigo, pero no voy a hacer
caso de tus provocaciones.

MUJER

¡No escuchas! ¡Ése es tu problema!

LAVINIA

¡Cállate, no grites!

MUJER

No sé que hago aquí.

La mujer se dirige hacia la puerta principal.

LAVINIA

¿Ya te vas? Si te vas no creas que vas a volverme a
ver.

MUJER

¿Eso qué significa?

LAVINIA

Que ya no regreses.

MUJER

No te preocupes, no pienso hacerlo.

LAVINIA

Tal vez ya no esté aquí cuando lo hagas.

MUJER

No me chantajeas.

Mujer llega a la puerta, la abre y en ese momento comienza a sonar el teléfono.

Cierra la puerta, pero no sale.

Lavinia comienza a tiritar de frío.

LAVINIA

¿Ya te fuiste? Tráeme el chal que está en el cuarto.

MUJER

¿No piensas contestar?

LAVINIA

Está sobre mi buró.

La mujer se dirige al pasillo y sale.

Regresa con un chal y se lo da a Lavinia, luego se para junto a la puerta como al principio.

LAVINIA

¿No te ibas ya?

MUJER

Hasta que me escuches.

LAVINIA

No te pienso escuchar.

MUJER

Entonces serás como mi prisionera. No saldrás de aquí, no comerás, no dormirás hasta que hables conmigo.

LAVINIA

¿Qué diferencia hay a cuándo tú no estás?

MUJER

¿Qué, no comes?

LAVINIA

No lo sé, a veces. No.

MUJER

¿Y no duermes?

LAVINIA

Muy poco. No puedo dormir cuando llueve. Hace mucho frío, se me congelan los pies. El ruido no me deja descansar. Esas gotas pegando en la banquetta, en el vidrio, en las láminas de afuera.

MUJER

¿No sales?

LAVINIA

No.

MUJER

¿Y las noches de tango en La Vid? ¿Y Marta? ¿Y el café italiano los jueves? ¿Ya no haces nada de eso?

LAVINIA

No.

MUJER

¿Ni una noche de tango, siquiera?

LAVINIA

Ya no voy.

MUJER

¿Por qué?

LAVINIA

Ya no me gusta ir. Me aburro. La comida se ha vuelto mala, sin sabor. Y el baile... he visto mejores.

MUJER

¿Y Gladiola? ¿Y Fermín?

LAVINIA

Ay, esos se han vuelto un grupo de chochos. Se la pasan viendo fotografías, hablando de sus nietos... No. Eso no es para mí. A veces Marta viene a visitarme, también Gladiola. Pero es muy de vez en cuando.

MUJER

Estás sola.

LAVINIA

No me siento sola. Y estoy bien así. No puedo estar como Marta o los demás; yo no puedo sentarme a esperar la muerte, todavía me siento joven. Sin cansancio. Me miro al espejo y veo mis arrugas, claro. Pero te juro que siento que no es mi verdadera

(MÁS)

LAVINIA (continúa)

cara la que estoy viendo. Todavía hay algo para mí, siento que aún puedo hacer grandes cosas, emprender proyectos, viajar. Ya después habrá tiempo para hablar de los nietos.

MUJER

Tú no vas a tener nietos.

LAVINIA

Es sólo que las cosas han perdido un poco el sentido. El mundo envejece a mi alrededor, pero yo sigo sintiéndome igual que hace algunos años. Pero diferente: últimamente espero mucho, pierdo mucho el tiempo pensando cuál va a ser mi siguiente paso. No soy estúpida: estoy en una edad en la que ya tengo que planear mi vejez, pensar muy bien cómo quiero terminar; y siendo honestos, no estoy precisamente en el punto que quería estar a esta edad. Pero a pesar de todo, al menos sigo yendo a misa los domingos. Y camino por el parque, después. Eso me reconforta de alguna forma.

Lavinia se levanta, llega al librero y toma un álbum deshojado, busca entre cada página, saca una pluma, alargada. Se la muestra a la mujer, quien la mira sorprendida.

MUJER

¿Aún las tienes?

Lavinia saca del libro una bolsa pequeña de plástico, con varias plumas pequeñas en su interior.

La mujer toma la bolsa, saca las plumas y las avienta hacia arriba.

Las plumas caen lentamente encima de ella. Lavinia saca otra pluma, un poco más grande, de ave.

LAVINIA

La encontré el domingo pasado en el parque. La pobre paloma. La había atacado un perro, y antes de salir volando dejó ésta. ¿Te acuerdas del cuento?

La mujer se queda pensativa.

MUJER

"La pluma que quería ser lluvia, volando por el pueblo. De uno a otro lado, se creía un recuerdo. Deseando ser tocada, por la mano de algún alma..." Ya no recuerdo más. ¿Qué más guardas ahí?

LAVINIA

Notas, cartas. De todo.

Lavinia saca unas hojas sueltas, las desdobra y comienza a leer.

LAVINIA

"Perdí algunas diosas en el camino de sur a norte, y también muchos dioses en el camino de este a oeste. Se me apagaron para siempre un par de estrellas, ábrete cielo. Se me hundió en el mar una isla, otra. Ni siquiera sé exactamente dónde dejé las garras, quién trae mi piel, quién vive en mi concha. Mis hermanos murieron cuando me arrastré a la orilla y sólo algún huesito celebra en mí ese aniversario. Salté de mi pellejo, perdí vértebras y piernas, me alejé de mis sentidos muchísimas veces. Desde hace mucho cerré mi tercer ojo ante todo esto, me despedí de todo con la aleta, me encogí de ramas. Se esfumó, se perdió, se dispersó a los cuatro vientos. Yo misma me sorprendo de mí misma, de lo poco que quedó de mí: un individuo aislado, del género humano por ahora, que sólo perdió su paraguas ayer en el tranvía."

Permanece pensativa un momento.

Guarda todo en su lugar, recoge las plumas y las guarda.

Regresa el álbum al librero.

LAVINIA

Todavía hay tiempo...

MUJER

Eso me dijiste cuando me divorcié de Carlos: "Todavía hay tiempo de corregir las cosas".

LAVINIA

Y también te lo digo ahora.

MUJER

Ya corregí lo que tenía que corregir.

LAVINIA

Eres joven, no desperdicies tu tiempo. Todavía puedes encontrar un hombre; diferente a Carlos, si quieres. Un buen hombre. Alguien que te quiera, que te dé un hogar. Todavía puedes tener hijos, no dejes que se te acabe el tiempo, porque cuando ahora si quisieras...

MUJER

Esto que haces... A veces pienso que no me educaste para nada. No tengo confianza en nada de lo que hago. No soy como tú. Pero sólo de una cosa he estado segura, sólo una en toda mi vida. ¿Porqué quieres que renuncie a ella?

LAVINIA

No soy yo. Son las cartas. Leí tus cartas esa noche.
Mira...

Lavinia se levanta, se dirige al librero nuevamente, regresa a su asiento con un libro y una pequeña caja de madera, de la que extrae un mazo de cartas, las acomoda sobre la mesa.

La mujer se sienta en el sillón, atraída por la curiosidad.

LAVINIA

Tú eres agua. Piscis.

Lavinia mueve las cartas.

LAVINIA

Este es fuego, atravesándose en tu vida. Leo. Eso es lo que vi esa noche. ¿Ahora entiendes?

MUJER

No.

Lavinia abre el libro y lo acerca a la luz de las velas para poder leer bien. Se coloca sus lentes.

LAVINIA

"Los signos de agua están en contacto con sus sentimientos, el elemento agua representa el reino de la emoción profunda y de las respuestas sentimentales" ¿Ya ves? "Abarcando desde pasiones compulsivas hasta miedos abrumadores, y una aceptación y un amor omniabarcantes de la creación." Aquí hay más...

MUJER

No entiendo qué tiene que ver.

LAVINIA

Espera, mira: "Los signos de agua, como la naturaleza misma, no tienen solidez o forma propia. Tienden a no gustar de los jactanciosos o de las personalidades fuertes, como los signos de aire y fuego." ¿Lo ves? Fuego... el fuego. "Esta combinación presenta una falta de pensamiento y procedimientos lógicos y sistemáticos. En el peor de los casos, esta combinación es explosivamente impredecible, dado alternadamente a aspiraciones y frustraciones profundas." ¿Lo entiendes? El fuego evapora el agua, el agua extingue el fuego. La autodestrucción. La peor combinación. ¿ya entendiste?

La mujer esboza una sonrisa burlona.

MUJER

¿Me vas a decir qué crees en estas tonterías? ¿Tú?

Lavinia recoge todo molesta y lo vuelve a acomodar en el librero.

Regresa a sentarse.

LAVINIA

Olvidalo, ¿quieres? No quería tus burlas.

MUJER

No me burlo, pero no te creo: no creo que un solo día determine todos tus actos en el futuro. O las estrellas, o la suerte. Y tampoco puedo creer que tú creas esas cosas. Sobretudo tú. ¿Ahora me vas a decir que toda mi vida ha sido predeterminada desde el principio? ¿Cuántas veces me castigaste en esa esquina por que decías que yo era responsable de mis propios actos? ¿Cuántas veces no me has dicho que piense las cosas antes de hacerlas para no tener que arrepentirme después? ¿Y tus estúpidas reglas religiosas? ¿Tu libre albedrío? ¿Ahora eso no existe? Lo peor de todo es que no puedo creer siquiera que hayas recurrido a estas tonterías sólo para justificar mis decisiones, para sentirte bien en tu soledad.

LAVINIA

No voy a hablar contigo.

Lavinia enciende la radio nuevamente. Se escucha el tango.

MUJER

¿Qué ganas siendo así?

LAVINIA

Te puedes ir cuando quieras.

MUJER

Me necesitas aquí.

LAVINIA

No te necesito. Vivo muy bien sin ti.

La radio se apaga.

MUJER

Si, se nota. ¿Quieres que te traiga más pilas para tu radio?

LAVINIA

No tengo que darte explicaciones de cómo vivo.

Lavinia revisa el aparato, lo voltea, saca las pilas y las vuelve a colocar.

Enciende el radio, que se escucha nuevamente.

MUJER

¿Y yo si?

LAVINIA

¿De qué hablas?

MUJER

¿Yo si tengo que darte explicaciones? ¿No es por eso que estoy aquí? ¿Para que no vaya a hacer algo que te haga quedar mal?

LAVINIA

Yo no te llamé. Había quedado muy claro. Tú quisiste aparecerte por aquí. Ahora, déjame escuchar mi música, por favor.

Lavinia se concentra en el tango.

La mujer se pasea de un lado a otro, observa a Lavinia con la mirada perdida en el recuerdo.

MUJER

¿Extrañas dar clases?

Lavinia enciende un cigarro, se ahoga y lo apaga.

LAVINIA

No, ya no.

MUJER

¿Por qué no?

LAVINIA

Tengo otras cosas en qué pensar.

MUJER

Te molesta.

LAVINIA

¿Qué?

MUJER

Te molesta que no haya querido aprender. Que no siguiera tus pasos.

LAVINIA

Eso quedó muy atrás.

MUJER

Nunca fue el tango lo que me molestaba realmente. Eran tus clases. Lo que significaban.

LAVINIA

De cualquier manera no eras muy buena alumna.

MUJER

¿No?

LAVINIA

Te reprimes mucho. Siempre estabas tensa. En el tango hay que soltarse, ir sacando toda la emoción. Tú piensas, te preocupabas demasiado por si lo estabas haciendo bien o no.

MUJER

¿No se trata de eso el aprender?

LAVINIA

Sí, pero tú te detenías, o te quedabas a medias. En el baile hay que atreverse a dar el paso: es instintivo, lo sientes. Contigo me bastó la primera vez para darme cuenta de que no podías.

MUJER

¿Por qué no lo intentaste más?

LAVINIA

Tú lo dijiste: No querías seguir mis pasos.

MUJER

Eso fue después. Cuando tuve la edad suficiente para entender tus clases.

LAVINIA

No había nada que entender. El tango es así, en el tango salón no se permite ninguna figura. El estilo no permite errores, tienen que estar bien parados y mover las piernas y el cuerpo en forma correcta.

Lavinia se levanta y ejemplifica lo que dice.

LAVINIA

Lo más difícil es caminar, los pies se colocan en punta y al terminar de apoyar todo el pie, se cambia el peso para que quede equilibrado. Pivotear para hacer cambios de frente o cerrar luego de una caminata sin perder el equilibrio.

Lavinia comienza a bailar imaginariamente.

La mujer la mira fascinada.

MUJER

¿Por qué te expresas tanto cuando bailas? Y cuando se trata de mí, eres alguien diferente.

Lavinia se detiene un momento. Mira a la mujer, después prosigue con el baile.

LAVINIA

La música no se detiene ni se queda suspendida. ¿Lo notas? Todas esas noches de tango en los cafés, ¿para quién crees que bailaba? Siempre pudiste entenderme por medio del tango.

MUJER

¿Eso me hubiera hecho entender? No entiendo cómo. No entiendo porqué me hiciste llamar a cada uno "papá", ni para qué. Y te molestaba cuando decidía no hacerlo. Y al rincón, y a sostener libros con la cabeza hasta que me retractara. Duraban más mis castigos que tus relaciones. ¿Qué es lo que quieres que entienda de todo eso?

Lavinia sigue bailando, la mujer se pierde en sus pensamientos.

MUJER

Y con cada hombre era lo mismo cuando te dejaba. Ya no me importaban los castigos, me bastaba con saber que yo tenía la razón. Pero nunca dejó de dolerme. No tenías que decir nada, con sólo mirar tus ojos sabía que me culpabas. Hasta llegaba a pensar que en el baile te librabas de la carga que era para tu persona. ¿Porqué otra cosa no podías compartir todo lo que llevabas dentro, conmigo, si no es porque era una carga?

Lavinia deja de bailar.

Ambas se miran.

LAVINIA

No vamos a discutir sobre esto otra vez, ¿verdad?

Mujer permanece dubitativa. Se encoge de hombros.

MUJER

No.

Ambas se sientan. La música sigue.

Arriba entran él y ella. Ella con sus zapatos de tacón que resuenan a cada paso, camina hacia la puerta del baño y sale. Él deja las llaves sobre una mesita junto a su puerta principal. Luego se sienta en el loveseat al tiempo que se quita los zapatos y enciende la televisión con el volumen muy alto, el sonido se confunde con la música en la radio de Lavinia. Molesta, apaga el aparato.

Permanecen en silencio un instante.

LAVINIA

¿Quieres un café?

MUJER

No, ya es tarde. Ya dejó de llover.

Lavinia toma la cajetilla y se la ofrece a la mujer.

LAVINIA

Toma. Fúmate un cigarro.

La mujer duda, pero termina tomándolo.

Lavinia trata de romper el silencio.

LAVINIA

¿Al menos vas a misa los domingos? No, cómo puedo pensarlo. Tendrías que estar arrepentida. Con Carlos ibas todos los domingos. Me venías a visitar. Tenías consideración.

MUJER

No sabía hacer otra cosa. Me despertaba solamente para esperar que el día se convirtiera en noche. Carlos se volvió mi padre. Él era quien me daba permiso de salir, él era el que escogía nuestras amistades. Debiste haberte casado tú con él. Por eso me lo presentaste. Por eso tanta insistencia en que nos casáramos. Tú lo querías. Tú lo querías y no podías aceptarlo.

LAVINIA

Estás diciendo tonterías. Yo quería que fueras feliz. Quería que tuvieras todo lo que yo no pude tener: una gran familia, hijos, un hombre que te amara. ¿Es mucho pedir? ¿Que mi hija fuera feliz como yo no pude serlo?

MUJER

Pero no era feliz.

LAVINIA

Al menos me visitabas.

MUJER

El quería hijos.

LAVINIA

¿Qué tiene de malo querer hijos? Los hijos son lo más hermoso de este mundo... hasta que crecen y te sacan los ojos.

MUJER

Eso no es para mí. El llegaba siempre con esa mirada en los ojos. Me tocaba, de esa manera tan ofensiva. Todas las noches. No importaba cuantos Yo, Pecador

(MÁS)

MUJER (continúa)

rezara los domingos. "Para darle un hijo a Dios a su servicio", decía justificándose. Pero yo no podía. No soportaba esas manos. Quería cosas que yo no estaba dispuesta a darle. Realmente ofensivas. Las últimas veces llegué a fingir que dormía, pero aún así, sentía cómo arribaba sus genitales y se movía.

LAVINIA

No quiero saber más. Demasiado gráfico para mi gusto. De eso no hablan las hijas con su madre, no me faltes al respeto.

MUJER

Quiero decírtelo. Necesito decírtelo.

LAVINIA

Pero yo no quiero escuchar, ¿no entiendes? Además, si odias tanto el sexo, ¿qué haces ahora?

MUJER

Es por eso que quiero explicártelo. No era el sexo. Me costó trabajo entenderlo, pero al final lo entendí: nunca quise ser una carga para ti. No quise serlo para Carlos. Tampoco quise que mis hijos se volvieran una carga para mi. No pude seguir con todo este ciclo. ¿No dices nada?

Lavinia queda en silencio; arriba, ella sale del baño y camina hacia el corredor que lleva a las demás habitaciones. Sale.

ELLA

Está muy fuerte, ¿le puedes bajar un poco?

El, molesto, sin decir nada toma el control y le baja al televisor.

Sólo un poco.

LAVINIA

No todas nacen para ser madres. Sé que te he insistido mucho para que los tengas, pero si te hace sentir mejor, en el fondo sé que no podrías con ellos.

MUJER

Quiero que sepas quién soy. Nunca supiste quién soy.

LAVINIA

¿Porqué haces todo esto para molestarme? ¿Porqué tienes que lastimarte así? Ya lograste lo que querías, ni siquiera te importó mi opinión. ¿Qué mas quieres de mi?

MUJER

Esto no se trata de Julia, mamá.

LAVINIA

¿De qué se trata, entonces?

MUJER

Se trata de mi. No puedo seguir esperando bajo tu sombra, ni bajo tus reglas. Esperando toda la vida tu aprobación. No soy quien quieres que sea.

LAVINIA

Ahora sí estás muy valiente. Crees que no me necesitas. Lo mismo pasó cuando te separaste. Ya sabes que yo no te pienso hablar. No tengo que buscarte. Siempre terminas viniendo.

MUJER

No puedes seguir haciendo esto. Ya no soy una niña. Me costó casi toda mi vida borrar el remordimiento de haberte decepcionado porque nunca iba a dar un paso correcto en el tango. Pero ahora he aprendido: aprendí que soy capaz de amar, y eso creí que no existía en mí. Tengo muchas ganas de amar y ser amada. Quiero expresar lo que siento y tener la seguridad de que hay alguien que me está escuchando. ¿No entiendes? No quiero terminar sola como tú. Yo no puedo vivir a oscuras.

LAVINIA

¡No tienes por qué juzgarme! ¡No tienes ningún derecho a juzgarme! Tú tienes tu vida, anda, échala a perder si quieres. Pero no vas a juzgar la mía, porque si estoy sola es por tu culpa.

MUJER

No me eches la culpa, por favor.

LAVINIA

¿Y de quién va a ser sino tuya? Tú, ¿que puedes saber de toda la humillación que pasé por cada hombre que entró en esta casa? ¿Quién iba a querer cargar con la hija de otro?

MUJER

Nunca hubieron hombres en esta casa. Ni siquiera uno. No hubo uno que te quisiera por lo que eras.

Ambas quedan en silencio.

La mujer se acerca a Lavinia.

MUJER

¿Por qué lo hacías? No teníamos necesidad.

LAVINIA

Tal vez tú no tenías ninguna necesidad. Siempre viviste en tu fantasía de princesa, yo no moví un solo dedo para destruirla. No sabía que a la larga, desde la ventana de ese palacio, podrías verme como soy y te darías cuenta de lo patética que era sólo por tener miedo a estar sola.

MUJER

¿Me hubieras abandonado? Si hubieses encontrado un hombre dispuesto a estar contigo, ¿lo habrías hecho?

LAVINIA

¿No has entendido lo que te estoy diciendo? Varios me lo pidieron. Hubiera sido lo más fácil, pero nunca hubiera podido. Eras mi *plumita*. ¿Cómo podía vivir sin mi *plumita*?

MUJER

¿Te arrepientes ahora? ¿Por qué nunca me lo dijiste?

LAVINIA

Porque siempre sonreías como una tonta sin darte cuenta de las cosas. Tú te quejas mucho, pero no te das cuenta de todo lo que he hecho por ti. Te busqué un padre, me busqué alguien con quien compartir mi vida. ¿Eso es tan injusto? ¿Crees que yo quería ser bailarina para tener que estar viviendo al día? Yo quería grandes cosas, ser importante. Pero la vida se me fue deslizando de las manos, tomó una forma que yo no esperaba y cuando me di cuenta ya no podía hacer nada. Esa era la vida que me había tocado, la que me pasó en el camino, no la que yo escogí. Pero nunca te lo reclamé, nunca te faltó nada. Tuviste todo lo que quisiste: te pagué los estudios, te pagué el departamento, te mantuve aún cuando estabas con Carlos. Todavía hoy tengo que pagar tu estúpida relación con la que tratas de humillarme.

MUJER

Yo no te he pedido nada.

LAVINIA

¡Por favor! No tienes que hacerlo. ¿Crees que te dejaría en la calle? Tienes razón. No me di cuenta de la cajetilla que tomaste, pero no por eso no me doy cuenta de que me faltan cosas en la alacena. ¿Acaso crees que no sé que vienes cuando yo no estoy? ¿O que te llevas cosas escondidas en tus bolsas?

MUJER

Quisiera no tener que hacerlo a escondidas. Pero tú te enojas cada vez que te pido ayuda.

LAVINIA

Porque primero me retas y me insultas, y luego quieres que te apoye. Aún así, nunca te he dicho nada

(MÁS)

LAVINIA (continúa)

de la comida; ahora hasta me obligo a comprar el doble porque sé que te llevas la mitad. Resulta que soy tu esclava. ¿Y por qué? Porque no quieres vivir conmigo por mis reglas, porque no te quieres quedar con un buen hombre porque abominas el sexo, porque no quieres ejercer tu carrera porque no te llena trabajar en una oficina. ¿Te has preguntado qué es lo que quieres realmente? Hasta en tu último capricho encontrarás un pretexto, ya lo verás.

Mujer apaga el cigarro en el cenicero, Lavinia se levanta y se lo lleva. Sale por el pasillo.

Mujer permanece pensativa.

Arriba, Él enciende un cigarro. Ella entra y se acerca a Él, que sigue viendo la televisión.

Afuera sigue lloviendo.

ELLA

Gordo, quedaste de bajar la ropa.

EL

Ahorita voy. Estoy viendo la tele.

ELLA

Gordo, se va a apestar. Quedaste de bajarla desde la mañana.

EL

Ahorita voy. Espérame.

ELLA

Estuvo lloviendo todo el día.

EL

No se mojó, le puse lámina a la jaula.

ELLA

Pero se va a apestar.

EL

Espérame, por favor. ¿Qué, es mucho pedir?

ELLA

Bueno. Y no fumes, me está ardiendo la garganta.

Él apaga el cigarro, visiblemente molesto.

Ella sale por el pasillo, resonando sus tacones fuertemente por el piso.

Regresa un instante después con una chamarra gruesa, unos tenis y lleva en sus manos una canasta de ropa. Coge las llaves del mueble cerca de la puerta.

Él la ve y le baja el volumen al televisor.

EL

¿A dónde vas?

ELLA

Voy por la ropa. Sigue viendo la tele, no hay problema. Yo la bajo.

EL

Ya te dije que ahorita voy. ¿No puedes esperarte? ¡Cinco minutos!

ELLA

Me dijiste que ibas a subir desde la mañana. Ya te esperé más de cinco minutos.

EL

Ahorita voy. Ya va a acabar. De veras. Por favor.

Ella deja la canasta en la puerta.

ELLA

Bueno. Nada más no bajas la ropa hoy.

El apaga la televisión, avienta el control molesto, se levanta y se dirige a confrontarla.

EL

No me amences.

ELLA

No tienes porqué alzar la voz. Ya. No vayas si no quieres. Ya te dije que yo puedo ir a bajarla. Ya hasta me puse la chamarra. O si quieres ya la dejamos allá arriba. Si se apesta la lavamos otra vez.

EL

No, qué voy a estar lavando otra vez esa ropa.

El le arrebató el cesto de ropa.

ELLA

Gordo, de verás. Ya déjala.

EL

Ya te dije que iba, ¿no? Entonces, ya. Por favor.

Le hace señas de que se calle.

Sale y azota la puerta.

Ella apaga la luz de la sala y sale por el pasillo, quejándose y con paso molesto.

Abajo, la mujer se distrae mirando al suelo. Da un zapatazo.

Entra Lavinia quitándose el maquillaje, se dirige al sillón y se sienta.

MUJER

Tienes cucarachas.

LAVINIA

Ni me digas.

MUJER

En La Vid también tienen cucarachas.

LAVINIA

¿Cómo van a tener cucarachas? Si Manolo es obsesivo con la limpieza.

MUJER

En todos los restaurantes hay cucarachas. Hay comida.

LAVINIA

Pero, ¿en La Vid? ¿Y tú cómo sabes eso? Si no te gusta ir.

MUJER

Fui una noche. Con Carlos. Había baile... Bueno, quedé de verme con Carlos. Estaban bailando. Una pareja. "¿Cuándo Volverás?"

En el centro del escenario entran Julia y Bailarin, danzando un tango.

El sonido de la lluvia disminuye, dando paso a la música que se hace presente, acompañada de los sonidos ambientales de un restaurante: voces, trastes, pasos.

Entran en escena dos mesas del restaurante, la pareja baila en medio de éstas.

LAVINIA

¡Ah, Maffia!

La mujer se sienta en la mesa a la izquierda del público.

MUJER

¡Qué mujer más parecida a ti! Tanta expresión, tanta certeza en cada paso. Hasta cambiaba la dirección como tú.

LAVINIA

El contrafrente.

MUJER

Bailaban. Como yo nunca podré hacerlo. Y la letra, era como si la canción se burlara de mi: "pues aunque fuera hacia arriba no me abriría como rosa. Como rosa

(MÁS)

MUJER (continúa)

florece la rosa y nadie más. Lo sabes. Intenté tener hojas. Quise poblar me de arbustos. Conteniendo el aliento -para que fuera más rápido- esperé el momento de convertirme en rosa. Tengo un cuerpo individual que en nada se transforma, y soy desechable hasta la médula de los huesos".

La mujer sigue contemplando a la pareja.

MUJER

Y ahí estaba.

LAVINIA

¿La cucaracha?

MUJER

No. La pareja. ¡Con la misma cadencia que tú! Me acordé de cuánto odio el tango.

LAVINIA

¿Odias el tango? ¿Cómo puedes odiar el tango?

MUJER

Odio tener que fingir. Ante ti, no puedo aceptar cuánto me gusta, que me atrae su sensualidad. Me parece sucio, vulgar, pero no puedo negar que me atrae. Odio tener que odiarlo frente a ti, no me dejaste otra opción. Contigo es como si en la vida real estuviera bailando y tratara de adivinar todos los pasos: siempre al lado contrario, siempre el pie equivocado. Nunca como tú, como ella. Ella era tango salón, ella era el paso correcto.

LAVINIA

Decir ahora qué es correcto y qué no lo es, me parece falta de modestia.

*La música termina, la pareja deja de bailar.
Julia y la mujer se miran fijamente.*

MUJER

De todas las posibilidades que se atraviesan en la vida, ¿cómo puede una hacerse realidad? ¿Basta con imaginarla? Siempre me sentí que bastaba apenas un paso en cualquier dirección, aunque fuera imaginado, para hacerlo cierto. Quería hablarle. No importa qué me estuviera motivando a hacerlo. No importa si ni siquiera yo estaba tomando la decisión, aunque no fuese libre. Sabía que ella podía escuchar mis pensamientos. Bastaba sólo un paso dirigido a esa posibilidad para que entonces yo también pudiera escuchar los suyos, y tal vez, con un poco de suerte termináramos escuchándonos. ¡Al menos tener alguien con quién platicar! Un simple cigarro. Era suficiente compartirlo para comenzar una conversación. Dar el paso...

JULIA

(en off)
¿Estás en mi cabeza? Puedo oírte.

El Bailarín sale, Julia camina hasta la mesa de la mujer.

JULIA

(en off)
Estás muy tranquila. ¿No te asusta?

Otra pieza comienza a sonar, pero ésta se integra al sonido ambiente.

JULIA

(en off)
Voy a tomar un cigarro. Tu celular es igual al mío. esta luz, la que indica el estado de la batería, ¿crees que estén sincronizadas, el tuyo y el mío?

MUJER

(en off)
No todo el tiempo...

JULIA

(en off)
Pero un instante.

MUJER

(en off)
Si. Un instante... Esto. ¿Está pasando realmente?

JULIA

(en off)
¿Por qué no? Si en un tango puede vivirse una vida completa, ¿qué no podrá hacerse en el espacio que hay entre dos miradas?

Julia toma un cigarro de la cajetilla y lo enciende.

LAVINIA

¿Se quedaron mirando? ¿Así? ¿Sin decirse nada?

JULIA

Los indígenas yámanas, de Tierra del Fuego tienen una palabra para este momento: Mamihlapinatapai.

LAVINIA

¿Qué?

JULIA

(en off)
Quiere decir: una mirada entre dos personas, cada una de las cuales espera que la otra comience una acción que ambos desean, pero que ninguno se anima a iniciar.

MUJER

Como un paso suspendido...

LAVINIA

¿De qué hablan? ¿Ahora en qué idioma están hablando?
¿Qué quiere decir con eso... mame... mamerito... tonac?

MUJER

No entenderías. Pero ya estaba escrito...

*La mujer se levanta y se dirige a donde están
las plumas y las notas de Lavinia, saca una hoja
y comienza a leer, dirigiéndose a Julia...*

MUJER

"Ambos están convencidos de que los ha unido un sentimiento repentino. Es hermosa esa seguridad, pero la inseguridad es más hermosa. Imaginan que como antes no se conocían no había sucedido nada entre ellos. ¿Qué dirían las calles, las escaleras y los pasillos donde quizá tantas veces se cruzaron? Me gustaría preguntarles si no recuerdan quizá un encuentro frente a frente en una puerta giratoria, o algún "disculpe" entre la multitud, o un "está equivocado" al otro lado del teléfono... Pero sé su respuesta. No, no lo recuerdan. Se sorprenderían de saber que ya hace mucho tiempo que la casualidad juega con ellos, una casualidad no del todo preparada para convertirse en su destino, que los acercaba y alejaba, que se interponía en su camino y, ahogando una carcajada, de un brinco se apartaba. Hubo signos, señales, presagios pero qué hacer si no eran comprensibles. ¿No habrá revoloteado la misma hoja de un hombro al otro hombro hace tres años o incluso el último martes? Tal vez hubo algo perdido y encontrado por el otro. Quién sabe si alguna pelota en los matorrales, en su infancia. O los mismos picaportes y timbres en los que un tacto se sobrepuso al otro tacto. O maletas, una junto a otra, en una consigna. Quizá una cierta noche, tuvieron el mismo sueño diluido en sombras inmediatamente después de despertar. Porque no hay comienzo que continuación no sea, y el libro de los acontecimientos se encuentra siempre abierto a la mitad."

LAVINIA

Escúchame. ¡Escúchame! Nada está escrito. Me equivoqué con todo eso: el tarot, el destino. Tú puedes hacer tu propio destino. Tú puedes... ¡escúchame, Marisol! Dile que no la quieres incomodar. Da las gracias por su compañía pero pídele que se siente en otra parte...

MUJER

No te quiero incomodar.

JULIA

No lo haces. Me gustan los encuentros azarosos. La vida está llena de ellos... Todos los días, sin darme cuenta, paso al lado de gente que debería conocer. En este momento, en este café, estamos sentados al lado de extraños. Todos se levantarán y se irán, y seguirán su propio camino. Y nunca se volverán a encontrar. Y si lo hacen, no se darán cuenta de que no es la primera vez. Hoy quiero hacer algo distinto, hoy quiero...

LAVINIA

Dile que Carlos ya debe estar por llegar.

MUJER

Él ya debe estar por llegar. Carlos. Mi esposo. Lo espero.

JULIA

Realmente no parece que estés esperando a nadie. ¡Qué buenos cigarros! Mentolados, me gustan los mentolados. Me dejan una sensación de frescura en los labios. Aunque... no debería. Últimamente me ahogo mientras duermo. ¿No te pasa a ti? O será la edad. Hasta las acciones más fáciles, las que podía hacer hace apenas unos años hoy me cuestan mucho trabajo. Se me acaba la respiración. Cuando bailo, mi cuerpo ya no me obedece, como si ya no nos entendiéramos. Hay días que logro resistirme, hasta he pasado semanas sin que toque una sola colilla. Pero nunca dejo de comprar una caja. Por si acaso, me digo, para que cuando tenga una crisis no me falte ni uno en el momento más necesario, sólo uno: para pasar el instante. Lo cierto es que cuando la estoy comprando sé muy bien que ese día voy a terminar fumando. Sin necesidad de crisis. Como ahora. Y aquí estoy sentada tratando de convencerme de lo mal que me hace, pero nunca es suficiente.

Julia le da una última fumada, y apaga el cigarro.

LAVINIA

Mediocre. Medias tintas. Cobarde. ¿Cómo puede depender del cigarro, si no? Pura debilidad de carácter.

JULIA

Entonces, ¿esperas a alguien?

MUJER

Espero a que no llegue. Siempre es así. Trabajo. Mucho trabajo. Y yo lo sé, todas las veces. Ya no me maquillo como tú. Antes lo hacía, pasaba imaginando todas las posibilidades que rompieran la rutina. Me pintaba los ojos imaginando cómo se vería a la luz de las velas: sus ojos, su sonrisa, su olor... Pero

(MÁS)

MUJER (continúa)

Carlos... Primero llegaba tarde. Y un día, nada más dejó de llegar. Yo regresaba a la casa sin querer mirarme al espejo para no llorar por sentir que me maquillé en vano. Cada que pasaba el algodón en mi rostro era un pensamiento desperdiciado que había invertido horas antes: sus ojos, su sonrisa, su olor... Y el vestido, todo el día escogiendo el vestido que mejor ocultara mis defectos, para que él no pensara que estaba viendo a la misma mujer de todos los días; pasando la noche en la única posición que el vestido me permitía, con dificultad para respirar. Esperando. ¿Y para qué? Para llegar a esto.

JULIA

¿Y porqué sigues esperando?

MUJER

No sé. No sé si lo hago, todavía... Primero fueron citas, luego comencé a invitarlo. Ahora sólo le aviso dónde voy a estar, esperando que en algún momento él se aparezca. Es mejor. Al menos ya no tengo que estar soportando la humillación del mesero: "¿qué va a pedir? ¿desea ordenar ya? ¿le traigo alguna bebida mientras espera?". Como si se burlara. Una no puede ocultarlo, es un código, la gente tiene que saber cuando esperas a alguien, e igualmente tienen que saber cuando ese alguien no llega. Todos lo saben, menos tú. No sé, quería que esto fuera especial, tú sabes, sentirte enamorada, crear el ambiente. Romper la rutina.

Julia enciende el cigarro nuevamente.

JULIA

¿Lo ves? No eres la única que no puede romper con la rutina. Después de todo, ¿a quién le importa si me fumo uno? El último. El mundo está lleno de hipócritas como nosotras.

MUJER

No es hipocresía. Es... ¿Cómo aceptar que te equivocaste en una decisión? El aceptarlo y no corregirlo no te vuelve hipócrita, te vuelve absurdo.

JULIA

¿Y si no está en nosotras corregirlo? Quiero decir, ¿y si realmente no tomamos decisiones en realidad? ¿Has sentido eso? ¿Qué la vida te termina viviendo, como si te empujara la casualidad?

La mujer niega con la cabeza.

JULIA

Pero aquí estamos. ¿No dices nada?

MUJER

En realidad no sé por qué estoy aquí.

La mujer sonríe, apenada.

MUJER

Es obvio, ¿no? Tenemos problemas maritales. Pensé que al venir aquí, ambos nos quitaríamos la pena. Yo sobretodo. No sé porqué te estoy contando esto.

JULIA

Sigue, no me molesta.

MUJER

Creo que tengo muchas ganas de que alguien me escuche. Tal vez es más fácil por que eres mujer. O tal vez es porque no te conozco, pero no puedo dejar de hablar. Siento como si...

JULIA

Yo también sentí algo cuando te vi.

La mujer baja la cabeza apenada, sonríe.

JULIA

Tienes una bonita sonrisa. No dejes de maquillarte. No lo hagas para él. Hazlo para ti.

La mujer queda seria súbitamente. Julia saca de su bolso un lápiz labial y comienza a maquillar a la mujer.

JULIA

No te muevas, déjame ponerte un poco.

LAVINIA

¡No tengo porqué estar mirando esto! No quiero saber.

Lavinia se voltea, dando la espalda a Julia y a la mujer. Esta última se dirige a ella.

MUJER

¿Recuerdas cuando me pintaste la boca? Por primera vez... tenía cinco. Sonreías con los ojos y me hacías sentir tuya. Sentía que todo era posible. Estaba tan feliz que me dolía, y me dolía tanto que ciertamente creía que podía llegar a bailar como tú.

Julia termina de pintarle la boca.

LAVINIA

Ya puedes terminar tu historia. Fue suficiente.

MUJER

Aún no termina.

LAVINIA

¿Qué te hace pensar que quiero participar de tus fantasías? Ese es otro de tus hábitos estúpidos: estar soñando despierta. Las cosas son como son, la verdad es una: esa noche estuviste esperando, y esperaste. Punto. No tienes necesidad de inventar historias para justificar... tus cosas. La gente no conversa con extraños así como así, no es normal. No te lo puedo creer... Existen códigos sociales.

Unos truenos se escuchan a la distancia.

MUJER

Va a llover.

LAVINIA

¿Me estás escuchando?

MUJER

De niña, me encantaba jugar bajo la lluvia; sentir como mi vestido se iba pegando a mi piel, hasta que parecía que era parte de mí. Y movía un brazo y sentía el frío en mi cuerpo. Pero mi madre siempre me regañaba: "no eres un niño para estar brincoteando en los charcos, las señoritas no se mojan, te vas a enfermar". Entonces entraba a la casa y veía la lluvia resbalándose en la ventana, esperando a que la lluvia cayera cada vez más y más lento, hasta quedar suspendida, como una burbuja. Como una pluma que cae. Para que nadie viviera un segundo antes que yo, para que ese momento se detuviera. Siempre me sentí protegida los días de lluvia, tal vez porque todo se nubla, o porque ese día, todos, familiares y extraños terminan bajo el mismo techo. O quizás porque mi madre se quedaba conmigo para curarme la tos, y no existía nadie más que me cuidara, y ella no tenía porqué venir aquí. Solo ella y yo, y me preparaba un té caliente con mucha miel y limón, y me decía:

LAVINIA

"Tómatelo ahorita que está calientito, *plumita*, y a la cama en cuanto se seque tu cabello". Y a veces, ya dormidita, la lluvia seguía cayendo sobre los cristales de tu ventana, sonaban las gotas cayendo sobre el asfalto y tú dormías con tus manitas aún cerradas como un bebé, respirando constantemente, cortando el silencio, un suspiro, luego otro. En paz. Recuerdo una vez una pluma de almohada al lado de tu cara, iba y venía movida por tu respiración. Me quedé minutos viendo como la pluma temblaba, esperando que saliera volando con uno de tus suspiros. Pensé en que eras mía, mi hija, la misma que llevé en el vientre. No te sentía tan mía desde que estabas dentro de mí, desde que mis huesos se abrieron casi hasta partirme en dos para que tú salieras, y saliste. Y en ese momento sentí mis carnes aflojándose como un vacío, y supe que nunca más estaríamos así de unidas. Que

(MÁS)

LAVINIA (continúa)

nunca más me necesitarías tanto como ese tiempo que estuviste aquí adentro. La pluma jamás se movió. Quería que esa noche durara para siempre, que tu suspiro no hiciera volar esa pluma tan palpitante. Esa noche, el tiempo se detuvo, la pluma jamás se movió.

El sonido ambiente se ve interrumpido por el sonido de una manifestación que se va acercando. Gente que grita, pasos, consignas. Julia y la mujer se acercan a la ventana del lugar.

JULIA

Manifestaciones. A esta hora.

MUJER

Llevan días.

JULIA

¿Qué quieren?

MUJER

No lo sé.

JULIA

¿Los apoyas?

La mujer niega con la cabeza.

JULIA

¿Los rechazas, entonces?

La mujer vuelve a negar con la cabeza.

MUJER

No puedo tener una postura.

JULIA

Me pasa lo mismo: si escojo un lado, estoy obligada a negar el otro. No puedo vivir con la soberbia de pensar que estoy en el extremo correcto. En el nombre del pueblo, de Dios, de la verdad, de los ideales inalcanzables, se han cometido las peores atrocidades.

Comienza a llover fuertemente. El escenario queda a oscuras repentinamente.

MUJER

¿Qué pasó?

JULIA

Se ha ido la luz.

MUJER

Como una señal.

JULIA

¿Quieres tomar algo? A la luz de las velas. Suena romántico.

Ambas se sientan en la mesa de Julia y beben las copas sobre la mesa.

MUJER

¿Llevas mucho tiempo aquí?

JULIA

¿Aquí? ¿En este país? No. No mucho.

MUJER

¿Porqué viniste?

JULIA

No vine sola, en realidad vine acompañando a una amiga. Ella era la que quería venir.

MUJER

¿Y ella? ¿Dónde está?

JULIA

Hace tiempo que no la veo.

MUJER

¿Piensas regresar?

JULIA

No lo sé. Aquí todo suena diferente: la gente, las calles, hasta la lluvia tiene un rumor distinto. Desde que llegué he tratado de sentirme cerca, mantener el orden que tenía allá, pero no ha sido igual. Entre más trato de hacer de este país mi hogar, más me siento alejada. Creo que me hace falta ella. No es por su ausencia, sino que yo vine hasta acá para que lo compartiéramos todo, y nunca pude adaptarme, al menos no así, como ella. Ahora estoy demasiado cerca para que sueñe conmigo, por decirlo de algún modo.

MUJER

Pero, ¿piensas volver?

JULIA

No tengo a qué volver. Nada me espera. Este vino no está mal. ¿En qué piensas?

MUJER

Me preguntaba porqué me hablas de todas estas cosas.

JULIA

¿Sabes por qué?

MUJER

Si. Porque no quieres contarme algo más importante. Sobre la mujer que amas. No viniste con una amiga desde allá. Solías venir con esa persona a bailar aquí, entre semana. Pero te engañó. Ella te engañó. No entiendes por qué. Desde entonces solo bailas los fines de semana en este lugar.

JULIA

¿Cómo sabes todo esto?

MUJER

¿La extrañas todavía?

JULIA

Al menos eso pensaba anoche.

MUJER

¿Anoche? ¿Ya no la extrañas hoy?

JULIA

Hoy desperté escuchando un sonido que me pareció familiar. Y me sentí en mi habitación en San Cristóbal, y entre sueños, tenía la sensación de que mis amigos y mi familia estaban a unos cuantos barrios. Que sólo había necesidad de cruzar la calle para llegar al café de la esquina y compartir con ellos nuevamente, y volver a escuchar los sonidos, percibir los olores, ver los mismos rostros a los que ya me había acostumbrado. Ella era lo único que había traído desde allá, en realidad al revés: todos los días que he pasado aquí fue porque ella me trajo, y no he sabido qué motivos encontrar para quedarme. Al escuchar ese sonido entrar por mi ventana, esta mañana, supe que aunque lejos, toda mi patria estaba dentro de mí, que podía crear un nuevo hogar en este lugar, con nuevos olores, nuevos rostros con quienes encontrarme en la calle, nuevos sonidos. Por primera vez, me sentí libre de estar aquí. Cuando me llamaron para bailar hoy, entre semana, fue providencial. Decidí venir sin miedo a encontrarle, en esa mesa, nuestra mesa. Pero no está aquí. En cambio estás tú en su lugar.

Un tango se vuelve a escuchar en el ambiente del restaurante y opaca gradualmente el sonido de la lluvia y de la turba. Una luz rompe la penumbra e ilumina a las dos mujeres.

JULIA

¿Sabes bailar tango?

MUJER

No. Sé un poco. Mi mamá es bailarina de tango. Solía bailar aquí.

JULIA

¿De veras? Has de haber aprendido muy bien, entonces.

MUJER

No, nunca como ella.

JULIA

Tal vez no era buena maestra.

MUJER

Lo era. No para mi. Pero era la que me tocó.

JULIA

Desconoces las demás opciones. Yo estoy aquí, ahora. ¿Quieres bailar?

Lavinia voltea sorprendida. No pierde de vista a la mujer, quien se muestra visiblemente apenada.

MUJER

No. No puedo.

JULIA

No reprimas lo que sientes.

MUJER

No estoy sintiendo nada.

JULIA

Yo sé que sí. Es sólo un baile.

MUJER

Sé que es sólo un baile, pero en verdad, no puedo.

JULIA

¿Por qué no?

MUJER

Tendría miedo de equivocarme. No soy buena pareja.

JULIA

Apuesto a que bailas muy bien.

MUJER

No, te haría quedar en ridículo.

JULIA

Sólo es un baile, no es para tanto. Además, nadie puede vernos.

La mujer accede y comienzan a bailar. Lavinia aparece de entre las penumbras.

LAVINIA

Levanta bien la cabeza, no cruces así. Estás muy tensa, ¡por dios! Aflójate que tienes pareja. No arquees la espalda, no tanto. ¡El tango no se baila así, Marisol!

Ambas se detienen. Los sonidos ambientales del restaurante y la música comienzan a desvanecerse, hasta quedar un ligero sonido a un goteo incesante que cae lejano sobre el asfalto. La manifestación se aleja, al tiempo que ellas se acercan sensualmente. Lavinia, quien no deja de mirarlas, deja caer el cenicero.

LAVINIA

¿Ya viste lo que me hiciste hacer? ¡Ya estarás contenta! Eso es lo que pasa cuando haces las cosas mal: ¡las cosas se rompen! ¿Me estás escuchando? ¡Qué frío que hace aquí!

MUJER

¡Tengo frío!

Julia no deja de mirar fijamente a la mujer, esta le sostiene la mirada.

JULIA

(en off)
Voy a besarte.

MUJER

¡No! No puedo.

JULIA

(en off)
Voy a besarte. Puedes detenerme si quieres.

MUJER

Pero, ¿y si está mal? ¿No te preocupa que todo esto esté mal?

JULIA

(en off)
¿Qué sientes aquí?

Julia le toca el pecho a la altura del corazón.

MUJER

(en off)
¡No quiero equivocarme otra vez!

JULIA

Mamihlapinatapai.

MUJER

Si en un tango puede vivirse una vida completa, ¿qué no podrá hacerse en el espacio que hay entre dos miradas?

JULIA

O entre dos bocas...

Ambas se besan. Todo sonido desaparece. Lavinia, fascinada, deja caer el cenicero roto que había recogido. El escenario queda en la penumbra total.

La mujer camina hacia Lavinia. Se miran fijamente. Lavinia toca a la mujer entre las piernas, saca la mano humedecida. Se miran.

MUJER

Has de estar igual.

Lavinia le da una cachetada a la mujer.

LAVINIA

Lárgate al baño a limpiarte. Ahí hay una toalla.

La mujer se aleja, caminando hacia atrás. Arriba, entra él al departamento, con la canasta de ropa. Sale por el pasillo, pero aún se escucha la conversación.

EL

Toma, ahí está tu ropa. ¿Ya? ¿Te molesta si veo la televisión ahora?

ELLA

No tenías que subir por ella. Te dije que yo lo podía hacer.

EL

Si, pues. ¿Qué esperas?

ELLA

¿De qué?

EL

¿No la vas a doblar? ¿No era esa tu urgencia?

ELLA

¿Tú no te ibas ya a ver la tele?

EL

Ya se acabó. Te dije que te esperarás. Ahorita ya estaría subiendo.

ELLA

Ahorita ya está lloviendo.

EL

La jaula tiene lámina. ¡Con un carajo!

ELLA

Mira, ya déjalo así. ¿Está bien?

EL

Si, pues.

Se escuchan sus pasos acercándose desde el pasillo.

ELLA

¿A dónde vas?

EL

Voy al baño. ¿Algún problema? ¿No? Gracias.

ELLA

No fumes en el baño, que quiero entrar después de ti.

EL

Pon letreros en la casa. Sección de fumar. Sección de no fumar. Para que al menos pueda tener una opción...

El camina molesto hasta la puerta del baño, ignorando lo último. Sale. Abajo, Lavinia se mira la mano, toma su chal, se lo enreda en la mano. La aprieta, y después retira el mantón secándose la mano. Se escuchan pasos por el pasillo, entra Julia, quien se detiene al lado de la puerta principal.

LAVINIA

¿Sigues aquí? ¿Qué es lo que quieres?

Julia no contesta, Lavinia aún no se da cuenta de su presencia.

LAVINIA

Mira, si te vas a quedar, vete a tu rincón. Me gustabas más ahí. Hace frío. ¿No sientes frío?

Suena el teléfono. Lavinia lo ignora.

JULIA

¿No piensas contestar?

Lavinia se sorprende, voltea a ver a Julia.

LAVINIA

¿Qué es lo que haces tú aquí? Tú no puedes estar en esta casa.

Julia camina hacia Lavinia. Enciende un cigarro y le avienta el humo en la cara. Lavinia se lo arrebató por la colilla y lo avienta al piso.

LAVINIA

¡Lárgate!

JULIA

¿Qué hacías ahí? Yo te vi ahí, no tienes que fingir. Era tu silueta, detrás de la mesa del fondo, tratando de ocultarte tras el biombo. Pero sé que eras tú.

LAVINIA

Fue un accidente.

JULIA

Pero aún así te quedaste. Hasta el final.

LAVINIA

Esperaba a alguien. No podía hacer otra cosa.

JULIA

¿Te gustó?

Lavinia no responde, en cambio, enciende un cigarro. Tose al fumarlo, pero insiste.

JULIA

Sé que te gustó. También sé que por eso no has vuelto. No es que la comida sepa mal, o que tus amigos sean un grupo de viejos. Es porque te gustó lo que viste.

Lavinia tose una vez más.

LAVINIA

Ya es inútil. A mi edad no se deja de fumar. Tuve toda una vida para hacerlo y no pude. Que me disculpe la necesidad, si a pesar de ello me equivoco.

JULIA

Te da miedo reconocerlo. Sabes que ésta vez es en serio. La conoces muy bien para saberlo. Y eso te molesta.

LAVINIA

Había tres velas en ese candelabro.

Lavinia se aproxima a la mesa ratona y mira el candelabro con sólo dos velas.

JULIA

Pero no es por lo que tú llamas atrocidad. En verdad, es que no soportas que arranque los hilos de tu cola.

LAVINIA

Estoy segura de que había tres velas.

JULIA

No soportas ver tus manos viejas y arrugadas. No porque no soportes mirar las rugosidades, sino porque

(MÁS)

JULIA (continúa)

miras el vacío que hay en ellas. ¿Qué te molesta más: Que alguien más reciba los aplausos, o que sea yo quién lo hace?

LAVINIA

Te burlas. Respeto tu derecho a reírte de mí, a susurrar a mis espaldas. No soy más que una vieja patética, en eso tienes razón. Sigue con esa sonrisa en la cara: comprendo que mi tristeza no hará que la hierba se detenga. Sinceramente les deseo lo mejor: ¿Qué vida puede esperarles después de todo? Están condenadas. Vivan su paraíso ahora que pueden.

JULIA

No vas a entenderlo nunca. ¿Verdad? Por más que tengas la verdad frente a tus ojos, eres incapaz de reconocerlo. No me causa dolor tu tristeza. En tus ojos veo más que eso: lo mismo que he visto en los ojos de mucha gente. Esa expresión de que han descubierto un secreto que les aterra y que prefieren no mencionar para que no se haga más real, si acaso eso fuera posible. Esa expresión de que preferirían no haberse enterado nunca. Esa misma mueca que pusiste aquella noche cuándo viste que yo, la amante de tu hija podía bailar como vos. La mirada del que no sabe cuánto hay en sus manos vacías, del que no acepta el alivio de saber que aquellos a los que no ama, pueden ser más queridos por otros.

LAVINIA

¿Tú tomaste la vela?

JULIA

¿Qué?

LAVINIA

Que si tú tomaste la vela. Había tres. Ahora sólo hay dos.

JULIA

Al principio, no dejaba que la mirara desnuda. Comenzamos besándonos en los callejones, detrás de las puertas, debajo de los puentes. No tienes idea de lo rico que ha sido su despertar. El hacerla sentir libre de tus manos, el verla mojarlo todo con una necesidad cruel.

LAVINIA

Llévate tu mierda a otro lado. No voy a perder el tiempo escuchándote.

JULIA

Pero si pierdes el tiempo... pacientemente... como reloj de sol. ¿Lo sientes arrugándose en tu piel? ¿Tapando tus pulmones? Uno no escribe en sus diarios que la piel se cae al compás de la salida y la puesta de sol, pero no por eso se mantiene firme.

LAVINIA

¿Crees que no veo en el espejo como se va cayendo? Ya no lo reconozco. Este es el cuerpo de una extraña, yo no pude hacerme esto sola. Se esfumó, se perdió. Se dispersó a los cuatro vientos. ¿Porqué ahora tengo que darme cuenta? Ahora que ya no puedo hacer nada.

Lavinia le da una última fumada al cigarro, y con aire desafiante lo apaga en su brazo.

LAVINIA

¿Quieres intentarlo? No me duele.

Julia toma el cigarro.

LAVINIA

Tal vez cuando huelas la carne quemada entiendas que estás quemando algo más que sólo piel.

Julia acerca el cigarro, y al final, termina apagándolo en el cenicero.

LAVINIA

¡Cobarde! Ya no te burlas.

Lavinia comienza a toser hasta casi ahogarse.

LAVINIA

Yo sabía que vendrías. Lo sabía desde que supe que me habías visto mirándote detrás del biombo. Esperaba más de mí. Si hubieras estado aquí hace apenas cinco años. Si hubieras estado...

JULIA

En verdad creo todavía, que sabes dónde está la grieta. Todos lo sabemos, ¿no es cierto? Sabemos el momento en el que dejamos de ser quien deseamos, y nos convertimos en quien realmente somos. Sentimos la verdad, la negamos, hasta la trocamos por otra que nos convenga más, hasta que al pasar el tiempo terminamos creyendo realmente en la mentira que construimos. Pero dentro de nosotros está el secreto: el momento justo de nuestra equivocación. Te atreves a creer en algo y te vuelves una isla rodeada por el mar de esa convicción. ¿En verdad estás dispuesta a quemar todas las naves? ¿Piensas llegar hasta el punto en que no haya caballos, ni hombres, ni armas para mantener en pie el reino que tú misma derribas?

LAVINIA

Ya no hay nada qué derribar. No hay piedra sobre piedra. ¿Quieres saberlo? No, ya no espero nada de la vida, pero aún me asusto cuando esta casa se queda sola.

JULIA

Todavía estás en el dichoso momento de la tregua, entre la sentencia y el evento, suspendida, como se suspende el paso en el aire, sin la certeza de dónde va pisar.

LAVINIA

¿Tú qué puedes saber de mi? ¿Cómo te atreves a pretender que sabes algo de mi? Conozco mis caminos. He tomado un carril y no pienso cambiarme a otro, ni pienso desviarme por un atajo. Mis carnes pueden caerse de viejas, hechas jirones antes de que eso suceda. ¿Entiendes? Vas a tener que arrancarme la piel antes de sacarme una sola lágrima por ustedes. Lo que siento es asco.

JULIA

Lo que sientas no me importa. Mi anhelo está mucho más allá de eso. Está en esa casa que ella quiere rodeada de árboles. Con pájaros que se impacientan cuando cae el sol, y agitan las ramas y sus plumas van cayendo de una en una. Mi anhelo está en esa noche fría y me duelen las piernas cuando a ella le duelen las suyas. Y nos contamos cosas, de cómo nos conocimos, y morimos un poco cada día, hasta que nuestra piel esté tan arrugada que ya no podamos acariciarnos suavemente, y sólo nos podamos reconocer por medio de fotos, y de la mirada. Por mí puedes morirte de repulsión, de soledad, de odio o de impotencia. Me da lo mismo. Puedes encerrarte en tu cuarto a esperar la muerte, o a esperar a que te rescaten en el último segundo, pero eso en nada va a cambiar las cosas. Ningún acto humano puede cambiar el mundo. Eso no nos corresponde. Lo que te ofrezco, en cambio, es decidir cómo quieres morir.

Lavinia toma su arete sin quitarle la vista de encima a Julia. De un tirón se arranca el lóbulo con la argolla. Tiembla del dolor un instante, pero tratando de mantenerse ecuánime. Sangra un poco, se embarra el flujo en su cara. No despega la mirada.

JULIA

No me intimida tu dolor, tampoco. Desde que nací ando con el ombligo pegado al espinazo. Tengo cicatrices en lugares que tú no conoces en tu cuerpo. Lugares que no estaban ahí antes de que me los abrieran. Tengo un corazón molido a garrotazos, tan chiquito que es inexplicable cuánto rencor le cabe. Hasta tengo un lugar junto a la tumba de mi hermano, sólo por si acaso el tiempo era atento conmigo. Una tumba tan lejana, en una tierra que ya no es mía. Donde no me quedan abrazos para consolarme, ni miradas que quieran reconocerme, porque no pueden mirarme. Tengo el recuerdo del plata bañándose con la luz del sol que sale, y de las calles empedradas de Jujuy, el

(MÁS)

JULIA (continúa)

recuerdo de tomar un café en la calle de Brasil, y ver a mis padres tomar un coche desde Constitución hasta el otro lado de Rivadavia, donde dicen que comienza el sur, y no volverlos a ver jamás. Viéndolos hacerse más pequeños a la distancia, mi madre con la cara bañada en lágrimas. Yo tomando la mano de mi hermano: "No te preocupes, volverán". Lo mismo que le dije a su tumba antes de partir de su tierra la que ya no es mía. Tengo el recuerdo de las calles, en las escaleras de Constitución, en el subterráneo, todas esas miradas de desprecio, como la tuya, aún más fuertes, como si supieran, todas tan iguales que me eran todas familiares. Casi hasta temí que no hubiera un solo rostro porteño capaz de sorprenderme. La comida perdió su sabor, los segundos perdieron el sentido y el azar jugó conmigo hasta encontrarme con tu hija. Como un disparo en medio de los ojos. Y entre el postre y el mate, me descubro mirando sus ojos y sus labios. Me descubro pensando en esas manos finas y delgadas y en las caricias que pueden darle a mi piel, recorriéndola al tiempo que le recuerdan algo que creía olvidado. Y pienso en sus muslos, encontrándose con los míos, al igual que sus pezones cruzándose sutilmente, en una toque que los endurece. Y nuestros sexos encontrándose como un gran beso, húmedo y lascivo que lo moja todo, desde los labios hasta las rodillas. Desde esa noche, el sol volvió a salir, no desde el plata, sino desde mi ventana. Mucho más allá del espacio decadente. Un deseo que es más una revelación, la única pulgada de anhelo que nos grita desde adentro quiénes somos realmente. Esa pulgada que me hace olvidar la cosquilla de volver, la injusticia de haber sobrevivido a mi hermano cuando debí haber sido yo la acuchillada. Por no haber tomado un autobús a tiempo. Esa pulgada que me hace bailar.

Lavinia se acerca a Julia, un tango se escucha y ambas se enfrascan en un baile violento, pero contenido.

LAVINIA

Un paso detrás del otro, y luego el arrastre. Paso, paso y contrafrente. Paso, paso... bailas enamorada. No tenías porqué estar ahí. No tenías porqué estar en todos lados, usurpando mi lugar. Alejando de mi las miradas y los aplausos que una vez me pertenecieron. ¡Bailando al tiempo que ocultas lo que eres!

Lavinia se acerca e intenta besar a Julia con vehemencia.

LAVINIA

Aquí estoy yo. Ya te has llevado todo. Te ruego que no te la lleves a ella.

Julia se retira, y Lavinia cae al suelo frustrada.

LAVINIA

¡Lárgate! Ya no puedes humillarme más. Vete, por favor.

Julia desaparece en la penumbra. Sale. En la lejanía, se escucha una turba manifestándose, se va acercando. Lavinia escucha, se levanta y camina hacia la ventana a contemplar la manifestación.

LAVINIA

Se ven pequeños desde aquí. Como hormigas que no se detienen. Caminan desplazados por una sola voz. ¿Qué es lo que quieren? ¿Por qué caminan tan decididamente juntos? Seguramente buscan algo con lo que una cantidad igualmente numerosa no está de acuerdo. ¿Quién tiene la razón entonces? La certeza es un fantasma, niebla que uno cree tener en las manos y se escapa. Aún así creen en su fe. Sin importarles que justo arriba de ellos hay una mujer que los contempla y los admira, pero que es incapaz de tomar bandera. Yo debí participar en un cambio así, pero soy demasiado apática. ¿Cuántos lances del destino han tenido que pasarme para estar aquí y no allá abajo? Para entenderlo, es necesario reconstruir los pasos y distinguir todos aquellos que he dado por necesidad, por libre albedrío y por simple casualidad.

La manifestación se aleja hasta acallarse por completo. La mujer aparece detrás de Lavinia, junto a la puerta. Sostiene en sus manos una vela.

LAVINIA

¿En qué terminará todo esto?

MUJER

Dicen que lees las cartas. ¿Qué te dicen ellas?

El lugar es iluminado por un relámpago, seguido segundos después por el trueno. Arriba, Ella entra y se acerca igualmente a la ventana, lleva en sus manos una prenda oscura con mucha pelusa; observa la manifestación, se comunica con él, quien sigue en el baño.

ELLA

¿Estás fumando? Te pedí que no fumaras en el baño.

EL

No tengo otro lugar donde fumar.

ELLA

Puedes fumar en el pasillo.

EL

Es mi casa, y tengo derecho a fumar donde me dé la gana. Ya lo sabías. Te casaste con un fumador, debiste haberlo pensado antes. Ahora déjame en paz, por favor.

Ella sale por el pasillo, molesta. Abajo, otro relámpago seguido por el trueno.

LAVINIA

No me gustan los truenos. Tal vez sean balas encontrando entre la lluvia a todos ellos. ¿Estás ahí?

Lavinia voltea, pero se percata de que se encuentra sola. Se acerca a su librero y saca el mazo de cartas. Comienza a leerlas sobre la mesa. Los truenos y los relámpagos no cesan. Al llegar a la última carta que descubre, Lavinia la dobla, y tira todas las demás cartas al suelo. Los truenos se hacen sucesivos. Aparece la mujer detrás de ella, junto a la puerta, sostiene una vela encendida. Toma por sorpresa a Lavinia, quien se sobresalta.

MUJER

Mamá...

LAVINIA

¿Qué es lo que quieres?

MUJER

¿Te gusta? Me he maquillado para ti. Dime si te gusta, por favor.

LAVINIA

Pareces una puta. No es gracioso, ya no eres una niña. Quítate eso, no sabes maquillarte.

MUJER

¿Quién soy para ti mamá? ¿Soy buena en algo?

La mujer se desmaquilla y después comienza a apagar todas las velas del lugar. El lugar queda en la oscuridad total, apenas interrumpida por los relámpagos.

MUJER

¿No piensas hablarme de nuevo?

LAVINIA

Se acabó. ¿No lo entiendes? No vuelvas aquí. Vas a manchar mi piso con tu porquería.

La mujer sale. Los truenos persisten. Lavinia se percata de su soledad.

LAVINIA

¿Sigues ahí?

Se escucha un ruido en la cocina.

LAVINIA

¿Quién está ahí? ¿Eres tú?

En la oscuridad, Lavinia camina a tientas hasta una pared. Voltea nerviosa y asustada hacia todas las direcciones. Parece buscar algo tentando en la penumbra, al tiempo que se sobresalta con cada relámpago. Camina hacia el pasillo, sale. Regresa con una caja de cerillos, los enciende y trata de percibir todo a su alrededor. El cerillo se apaga, inmediatamente enciende otro, y así sucesivamente hasta repetirlo tres veces. Comienza a respirar agitadamente. Una vez más se pega a la pared, se acerca lentamente hasta la puerta, busca a tientas el picaporte y lo gira. Sale por la puerta principal. El lugar queda completamente en la penumbra. Segundo después una fuerte lluvia cae. Arriba, ella entra con algunas prendas en sus manos, se dirige a la puerta del baño. La toca.

ELLA

Gordo...

EL

¿Ahora qué quieres?

ELLA

Nada...

EL

¿Qué quieres? Ya me interrumpiste. Para variar.

ELLA

Es que... es que te he pedido mil veces que no mezcles la ropa cuando la lavas.

EL

¿Te puedes esperar a que salga?

ELLA

Si.

Camina hacia el pasillo molesta y sale. Abajo, Lavinia entra completamente empapada. Tirita de frío. Se desploma justo al cruzar la puerta. Ahí se contiene de llorar. La lluvia no cesa. Arriba, ella entra haciendo sonar sus pasos. Llega a la puerta del baño.

ELLA

¿Le puedes quitar la cosa ésta blanca ahorita que salgas, por favor? ¿Con qué la metiste? Parecen las plumas de la almohada.

EL

¿Otra vez? ¿Tienes que ser tan impaciente siempre?

ELLA

Gordo, es que te lo pido siempre que lavas la ropa: no mezcles. ¿Ahora qué me pongo mañana?

EL

No sé. Invéntate algo.

ELLA

Como tú no eres el que tiene que estar pasando vergüenzas por la ropa maltratada.

Ella sale. Se escucha el retrete. Él entra por la puerta del baño. Se sienta en el sillón y enciende el televisor. Abajo, Lavinia se levanta y se acerca a su mesa, toma la grabadora y la deja caer en el suelo. Luego, extrae del aparato al caset y comienza a sacarle la cinta.

LAVINIA

¿Qué es lo que esperas? ¿No piensas salir nunca? Ya me está hartando tu juego. No es gracioso. Ya tiré los tangos. ¿No es eso lo que te molesta de mí? ¿Qué más quieres? ¿Mis libros? ¿Tienes miedo de que te vuelva a castigar? ¿O es que no soportas que lea esta basura de autoayuda?

Se dirige al librero y saca unos cuantos libros que comienza a deshojar.

LAVINIA

Ya aquí está. Se ha ido. Una vida a cambio de otra. Es mi rostro, entonces. ¿No soportas vivir al lado de esta vieja patética?

Lavinia comienza a maquillarse de manera impulsiva.

LAVINIA

Estarás contenta. Ahora pueden burlarse de mí ambas. ¿Qué más quieres? Estoy dándote la oportunidad de salir, ya. ¿Quieres que te escuche? Sal. Ven a platicar.

Lavinia no recibe respuesta.

LAVINIA

Entonces se acabó. No vuelvas. No pienso abrir mis brazos para ti otra vez. Puedo renunciar a tu presencia. He sobrevivido lo suficiente para recordarte desde lejos.

Camina y se enredan sus pies con algunas de las páginas deshojadas. Lavinia percibe una, enciende una vela y comienza a leerla después de ponerse los lentes.

LAVINIA

"Perdóname, por reírme a veces. Que me perdonen las heridas abiertas, por pincharme en el dedo. Que me disculpe el árbol talado por las cuatro patas de la mesa. Que me disculpen las grandes preguntas por las pequeñas respuestas. Que me perdone todo por no poder estar en todas partes. Que me perdonen todos por no saber ser cada uno de ellos, cada una de ellas. Sé que mientras viva nada me justifica porque yo misma me lo impido. Habla, no me tomes a mal que tome prestadas palabras patéticas y que me esfuerce después para que parezcan ligeras. Nada regalado, todo prestado. Por mí misma estaré obligada a pagar por mí, por la vida, pagar la vida. Así ha sido pactado: el corazón es para devolverlo, el hígado es para devolverlo y cada uno de los dedos. Demasiado tarde para romper el arreglo las deudas se me cobrarán junto con mi piel. La lista es precisa y al parecer nos quedaremos con nada. No puedo recordar cuándo, donde y para qué permití que me abrieran esta cuenta".

Rompe la hoja.

LAVINIA

¿Sigues ahí? Háblame. Dime que estás aquí.

Lavinia contiene su llanto y comienza a quemarse la mano con la vela, acto seguido, la retira y se la muerde. Arriba, ella regresa, toma el control remoto y apaga el televisor. Le avienta una prenda a él.

EL

¿Ahora qué quieres?

ELLA

Arréglalo. Lo necesito para mañana.

El tira la prenda al suelo.

EL

Arréglalo tú.

Ella sale por el pasillo. El recoge la prenda y se vuelve a sentar en el sillón, permanece pensativo. Abajo, Lavinia se levanta, comienza a recoger todo del suelo.

LAVINIA

¿Te has ido en verdad? ¿Así que esto es? ¿Así es cómo termina todo? ¡Tengo frío! ¡Hace mucho frío! Pero las

(MÁS)

LAVINIA (continúa)

ventanas están cerradas. A eso voy a dedicarme ahora. A recoger el polvo y a revisar que todo permanezca en su lugar. Metódica, cuidadosa. Cuidar la casa de las ratas y de cualquier otra plaga. Cucarachas. Si sigues ahí, dime algo. ¿Porqué no dices nada? ¡Se supone que teníamos que estar juntas! No tenías porqué irte, no tenías porqué crecer. estoy segura que en algún sitio sigo ahí, viéndote dormir. Con el tiempo detenido. ¡La pluma jamás se movió! ¡Eres mía! ¿Acaso es mucho pedir que estés conmigo un poco más?

Arriba, él se levanta y camina hacia el pasillo. Sale, pero se escuchan las voces de ambos discutiendo.

EL

Toma tus porquerías y vete. No me vas a estar haciendo berrinches a mi.

ELLA

No grites, ¿Si? No tienes porqué ponerte así.

EL

¡Que tomes tus chingaderas!

ELLA

¡No me las avientes!

EL

Pues tómalas cuando te digo, carajo.

ELLA

¡Ya estoy harta! ¡No se te puede pedir nada! Siempre es lo mismo. ¡Güevón!

EL

¿Qué me dijiste?

ELLA

¡Güevón, güevón! ¡Inútil!

Comienzan a escucharse como se avientan cosas. El cesto de la ropa es aventado a la sala. Después, intercambian golpes. Él la golpea con más fuerza, al tiempo que ella ruega que ya no lo haga.

ELLA

Ya, por favor.

EL

¡No! Esto es lo que querías, ¿no, cabrona? ¿No estás todo el tiempo chingue y chingue hasta que acabas con mi paciencia? ¡Ahora te callas!

Sigue golpeándola. Ella llora y grita. Entra arrastrándose. El encima de ella sigue gritándole y golpeándola.

EL

¡Ya! ¡Me equivoqué! ¿Sí? ¡Con una chingada! ¡Me equivoqué!

ELLA

¡Sí, pero ya no me pegues, por favor! Es sólo ropa. ¡Es ropa!

El toma la ropa y se la avienta encima.

EL

¡No tus pendejadas de ropa! ¿Si? ¡Toma tus pendejadas de ropa! ¡Me equivoqué contigo! Jodiste mi vida. ¡Me equivoqué!

ELLA

¡Yo también me equivoqué contigo!

El amenaza con golpearla de nuevo, ella sólo se protege el cuerpo. Él toma las llaves y sale por la puerta, azotándola. Ella se queda llorando en el suelo. Abajo, Lavinia escucha la discusión. La mujer aparece entre la penumbra, habla a las espaldas de Lavinia, quien se voltea.

MUJER

¿Tú crees que te equivocaste conmigo?

LAVINIA

No... ¡no! La pluma jamás se movió.

MUJER

No llueven plumas, mamá. Ya no soy una niña. Quiero que me veas.

Lavinia comienza a tiritar de frío. La mujer comienza a desnudarse frente a ella, colocándole la ropa encima para cubrirla.

MUJER

Soy la que soy. Este es mi traje, no es el mejor, pero no me quejo. Pude haber sido alguien mucho menos individuo. Parte de un hormiguero, de un enjambre, alguien mucho menos feliz, un animal criado para un abrigo de pieles, o un árbol clavado en la tierra, al que se aproxima un incendio. ¿Y si despertara miedo en la gente, o sólo asco, o sólo compasión? ¿Hubieras querido eso? El destino, hasta ahora, ha sido benévolo conmigo. Pudo no haberme sido dado recordar buenos momentos. Se me pudo haber privado de la oportunidad de decidir. Pude haber sido yo misma, pero sin que me sorprendiera, lo que habría significado ser alguien completamente diferente.

Arriba, ella comienza a levantarse, está adolorida. Tiembla. Comienza a agarrar la ropa y a echarla en el cesto. Toma el pantalón y comienza a quitarle la pelusa. Abajo, la mujer permanece quieta, desnuda ante Lavinia.

LAVINIA

Hace frío. Hace mucho frío. No sé que hacer ahora. No te vayas. Quédate conmigo, por favor.

El teléfono suena.

MUJER

Contesta.

LAVINIA

No puedo. De verás.

Ambas permanecen en silencio un instante. El teléfono deja de sonar.

MUJER

Ya dejó de llover.

La mujer desaparece en la oscuridad. Un rayo ilumina el escenario, seguido unos segundos después por el trueno. Así, dos veces más. Lavinia recoge la ropa de su hija y comienza a olerla y a taparse con ella. Tirita de frío. Enciende un cigarro, tose y lo apaga. Recoge el aparato y le coloca las pilas nuevamente. Sale por el pasillo, y regresa con otra cinta. La coloca y la reproduce. Arriba, ella toma todas las pelusas en forma de plumas y comienza a arrojarlas una a una. Lavinia voltea hacia la ventana, las pelusas van cayendo lentamente hasta volverse una lluvia de plumas. Lavinia se levanta del sillón y se acerca a la ventana, la abre y saca sus manos, toma una pelusa entre sus dedos y permanece ahí, hasta que la música termina.

Oscuridad.

Telón.

Aplausos.